

*Biblioteca del Instituto*

# DISCURSO

pronunciado en la I. Iglesia Colegial  
de la Ciudad de Logroño, el día de  
San Bernabé; 11 de Junio de 1924

POR EL


**Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Fidel García  
Martínez**

Obispo de Hippo  
Administrador Apostólico de la Diócesis de Calahorra  
y La Caizada



1925  
ARTES GRÁFICAS INDUSTRIALES  
LOGROÑO



 Biblioteca de La Rioja

**NO SE PRESTA**  
**LECTURA EN**  
**SALA**

Gobierno de  La Rioja  
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



\*10000288719\*



189670

C. 288.719

R  
6153

# DISCURSO

pronunciado en la I. Iglesia Colegial  
de la Ciudad de Logroño, el día de  
San Bernabé; 11 de Junio de 1924

POR EL

**Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Fidel García  
Martínez**

Obispo de Hippo  
Administrador Apostólico de la Diócesis de Calahorra  
y La Calzada



12. 155. 599

1925  
ARTES GRÁFICAS INDUSTRIALES  
LOGROÑO



# PLISSURSO

pronunciado en la Iglesia Catedral  
de la Ciudad de Logroño, el día de  
San Bernabé, 14 de Julio de 1824

Por el

Ilmo. y Rvmo. Sr. D. D. Fidel Garcia

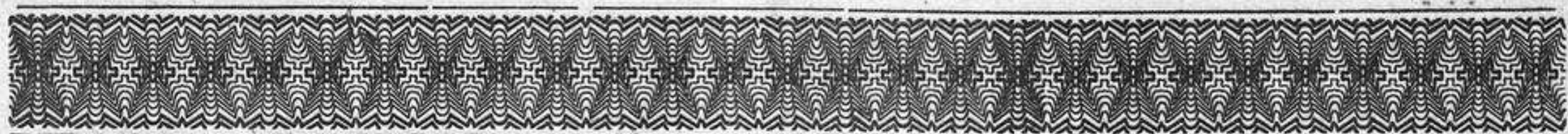
Marquez

Obispo de Tlaxcala

Administrador Apostólico de la Diócesis de Logroño

y la Calzada





*«Interroga patrem tuum et aununtiabit tibi; majores, tuos et Dicent tibi».* (Denteron, cap. XXXII, ver, 7). Pregunta a tu padre y te lo contará; a tus mayores y te lo dirán.

Hace pocos días celebraba España el aniversario de su consagración, hecha por nuestro Católico Monarca en el Cerro de los Angeles, al Sagrado Corazón de Jesús. Aquel acto llevado a cabo por la más alta representación de la nación española, la más autorizada para interpretar el latir del alma de la raza y la voz de su historia, con ser tan expresivo y elocuente de suyo, ha tenido después una como declaración auténtica de su valor y significado en las augustas palabras pronunciadas, meses ha, ante el trono Pontificio: «Circula a torrentes, decía el mismo Rey, circula a torrentes, Santísimo Padre, por la Historia Española la savia de la fé; si la Cruz de Cristo dejara de sombrear nuestro territorio nacional, España dejaría de ser España». Aquella consagración era, pues, un brote tan solo de esa savia vital, un eco de la voz de esa Historia.

Posible es que algunos en el extranjero, donde desgraciadamente y no siempre por culpa de los de afuera, somos tan mal conocidos, no hayan sabido interpretar bien ni aquél acto ni esas palabras, aun cuan-



do creo que los más y mejores los han apreciado justamente; que es grande el cambio obrado en poco tiempo en ciertos cerebros de hombres de Estado, antes impermeables, por un laicismo cerril y fracasado, a toda idea religiosa en la gobernación de los pueblos y aun son de ayer, como quien dice, palabras semejantes pronunciadas por los directores del Imperio Británico, señalando a las naciones el camino de su salvación en los principios cristianos, y las más recientes del Presidente de la gran República Norteamérica (Harding) hablando, no ya en nombre de un imperio, sino en nombre de la humanidad y proclamando como la primera necesidad y el más eficaz medio para el bienestar público «un poco de devoción religiosa y la adhesión entusiasta a las enseñanzas del Rey de la paz», Jesucristo; y pasando de las palabras a los actos, hemos visto al Gobierno Italiano reponer el Santo Crucifijo en todas las escuelas de la Nación y hemos leído con honda emoción el hecho reciente, menos aparatoso pero significativo como el que más en su sencillez, de los Cancilleres actuales de Austria y Alemania, los salvadores de esos dos grandes y atribulados pueblos, que dan principio a una conferencia internacional celebrando la Misa el primero, Mous Seipel, y dando la comunión al segundo.

Sea cual fuere el juicio que hayan podido merecer los actos y palabras del Católico Monarca a algunos extraños, o a una minoría de españoles tan exigua como descastada, lo que sí cabe afirmar es, que los unos y las otras no responden fiel y plenamente al espíritu, al sentido, al ideal creador e informador de nuestra nacionalidad, y que jamás un Rey Español ha podido constituirse intérprete más auténtico y veraz del alma y de la historia de su pueblo, que no se determinan por las vacilaciones de un momento transitorio (un momento, que puede ser de decadencia y aun de aberración, en la vida de un pueblo es sólo el desviarse pasajero de la nave al ser azotada de la ola), sino por la dirección constante de los siglos, que le han dado su peculiar constitución interna y le han señalado su rumbo y destinos provinciales.

Y los siglos de la historia de España están proclamando a gritos la verdad de las regias palabras; y si hay algo sobresaliente, manifiesto, de evidencia indiscutible en el curso rumoroso, ancho y profundo de nuestra tradición es, que la fé de Jesucristo ha sido el espíritu vivificador de nuestra existencia nacional y el sol de nuestro genio, de nuestras empresas y de nuestras glorias. Como dice el insigne autor de los «Heterodoxos» en el epílogo de su célebre obra y cual conclusión de toda ella: «Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter parecíamos doctrinados (los españoles) a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, ni senti-



mientos de nación, sucumbimos ante Roma, tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe, o más bien regocijándose de ella».

Así es, en efecto. Y si Roma pudo darnos cierta unidad legal y extensa, nos faltaba la íntima y vivificante, sin la cual no puede formarse un pueblo grande y fuerte, ni con fé y aliento bastantes de juventud para lanzarse al torrente de los siglos. Y «esta unidad se la dió a España el Cristianismo». El Cristianismo es, pues, el que ha creado la nacionalidad española y, cuando no existía aún propiamente el sentimiento de Patria, ya que ésta no surgió en rigor hasta los Reyes Católicos, éramos ya unos, en medio de nuestras divisiones políticas, todos los españoles, por el sentimiento religioso, por la fé en un mismo Dios, en una misma Iglesia, en un mismo altar y en unos mismos destinos eternos; fé y entusiasmo únicos capaces de acallar nuestras luchas intestinas y pintarnos en cruzada de hermanos ante los enemigos comunes del nombre cristiano.

Y ese mismo Cristianismo, que ha creado nuestra nacionalidad, es el que ha modelado nuestra familia y nuestras costumbres austeras e hidalgas, conteniendo y encauzando todo lo que hay en el fondo de nuestro carácter de «malo, de desbocado y anárquico», y plasmado nuestras instituciones populares (en mal hora sustituidas por importaciones exóticas) de aquella Edad Media tan incomprendida y calumniada por la superficialidad y la ignorancia, pero a la que la verdadera historia Moderna está haciendo plena justicia y a la que novísimamente, para reformar nuestra administración y nuestros concejos, se vuelve la vista en busca de inspiración y de modelos. Y ese Cristianismo es el que ha iluminado nuestro genio, y guiado a nuestros descubridores y navegantes que, en empresa la más gloriosa realizada por pueblo alguno de la tierra, sacaron de entre las espumas del mar un nuevo mundo, más aún que para España, para la civilización y para Jesucristo; e inspirado a nuestros artistas y poetas, y formado a nuestros maravillosos literatos, pensadores, filósofos y teólogos; y engendrado las más excelsas y más puras expresiones de nuestra raza, nuestros Santos; y ferrado y consagrado con la Cruz de Cristo, en una palabra, todas nuestras grandes glorias nacionales.

En todo el cielo dilatado y luminoso de nuestra historia, ¿qué ciencia española, qué arte, qué literatura, qué filosofías hay que, por ser españolas, no sean a la vez cristianas? Algunos fuegos fatuos sin originalidad ni consistencia, que quieren aparecer de vez en cuando, apenas si logran destacarse de las sombras; y si en la época moderna algunas corrientes intelectuales, en general tan poco patrióticas como poco cristianas, han querido entre nosotros hacer obra sectaria, ¿cuál



ha sido su aportación al tesoro de nuestras glorias y de nuestros genios inmortales? Algunas muestras de literatura ligera, algunas novelas poco limpias y algunas divagaciones racionalistas o positivistas traducidas del extranjero, casi siempre con pésimo gusto seleccionador; que hasta en esto se muestra la ruindad intelectual de nuestros sectarios, en que jamás han sabido discurrir nada propio, como si, al separarse del tronco robusto de la tradición patria, se condenaran a si mismos a la esterilidad, teniendo que limitarse a copiar de afuera muchas veces lo que los mismos extraños desechan o dedican exclusivamente a la exportación, que si, por añadidura tiene algo de antiespañol, de directa o indirectamente denigrante para nuestra patria, mucho mejor.

En España, señores e hijos míos, todo lo que es genuinamente, patrióticamente, gloriosamente español es católico, y viceversa. Este es el hecho, histórico, incuestionable; y un episodio, un incidente de ese magno y secular hecho histórico es el que hoy celebra esta noble y hermosa ciudad de Logroño. Episodio que a algunos podrá parecer pequeño, de escasa significación, al lado de los grandes acontecimientos de nuestra Historia Patria, pero que con otros innumerables episodios semejantes, a través de los siglos, va formando aquél grande hecho histórico que llena el cauce de nuestra vida nacional; como las aguas de los ríos que no crecen tan sólo por afluencia de los ricos manantiales, sino también y acaso más, por las gotas de lluvia que sin cesar descienden de las nubes.

De la liberación de Logroño, el año 1521, del asedio de las tropas extranjeras, hicieron los logroñeses de entonces, y continuáis haciendo vosotros, un recuerdo a la vez patriótico y religioso. En la Iglesia de Santiago el Real y ante la Virgen de la Esperanza acordó el pueblo de Logroño, en una especie de Concejo abierto, no rendirse al invasor; en gratitud de la liberación definitiva, obtenida el día de San Bernabé, elige a este Apóstol y Mártir por patrono de la Ciudad, quedando así unidas y entrelazadas en este hecho la religión y la patria. Más que en detalles particulares e indiferentes, que os serán de sobra conocidos, quiero fijarme en esta significación del hecho que conmemoraremos, auténtica desde luego, puesto que nos la han dado sus mismos autores, y la más a propósito para ofrecer enseñanzas no solo bellas, sino útiles al cristiano y al patriota.

Pidamos por intercesión de la misma Santísima Virgen de la Esperanza, que se me dé gracia para interpretar hoy lo que ella un día inspiró.

Ave María.

En todos los hechos humanos de la Historia pueden distinguirse dos elementos: uno íntimo, sustancial, más o menos permanente; otro externo, circunstancial, accesorio. El primero es como el alma, el



segundo como el cuerpo del suceso. El primero lo constituyen las fuerzas morales, las tendencias, las ideas, las causas políticas, sociales o religiosas que engendran el hecho y que, aun pasado éste, generalmente siguen actuando en sus derivaciones o consecuencias. El segundo está formado por las circunstancias de tiempo y de lugar, peripecias de la ejecución y personas que como actores intervienen. Todas éstas son algo accidental, sin que por ello dejen de ejercer a veces y sobre todo las personas, influencia importante en el desarrollo de los acontecimientos; si bien en los no puramente individuales, sino de cierta amplitud y trascendencia históricas, nacionales o sociales, los personajes que como protagonistas se nos presentan reciben su valor e influencia de aquellas mismas ideas, tendencias y causas o fuerzas morales que forman el elemento íntimo y determinante de los hechos y a los que las personas suelen servir más como instrumentos que como impulsores.

Los hombres creemos regir los acontecimientos y las más veces somos arrastrados por ellos.

Las peripecias ocurridas en el sitio de esta ciudad pudieran fácilmente cambiarse por otras, el general de los sitiadores, Andrés de Foix, y el jefe de los sitiados, don Pedro Vélez de Guevara, pudieran ser sustituidos por otros nombres y el hecho habría quedado sustancialmente el mismo y su significación e importancia permanecerían iguales. Por eso es el elemento sustancial y permanente el más digno, como dije, de nuestra consideración.

La rivalidad entre Francisco I de Francia y el Emperador Carlos y el deseo de aquél de aprovechar en su favor la adhesión de parte de los Navarros, recientemente incorporados a Castilla, a sus antiguos reyes y la perturbación causada en esta última por la guerra de las Comunidades determinaron la invasión en nuestra patria del ejército francés que, después de chocar contra el castillo de Pamplona, defendido por aquel Iñigo de Loyola que andando el tiempo había de ser uno de los santos más grandes y más representativos de nuestra raza, vino a estrellarse, más que en los muros de esta ciudad, en los pechos de los valientes logroñeses. Y la razón, la causa, la fuerza sostenedora de la resistencia de éstos y de su victoria definitiva lo fué, desde luego, el patriotismo, aquél patriotismo que, olvidando disensiones domésticas y rechazando las falaces palabras del invasor con que se presentaba gritando: «Vivan las Comunidades», hacía alistarse en socorro de Logroño, ante el enemigo común de la Patria, a los mismos Comuneros de Villalar, patriotismo al que se unió, como hemos visto, el sentimiento religioso y eso que no se trataba allí de una guerra propia de religión; pero nada hay sin su razón suficiente, dicen los filósofos, y la razón suficiente del enlace de esos dos sentimientos pa-



triótico y religioso la hemos indicado ya y los logroñeses de entonces, como los buenos españoles de siempre, la comprendían instintivamente. ¡Si en España todo lo que es genuinamente, gloriosamente patriótico es católico y viceversa! ¡Si la patria y nuestra misma nacionalidad es una creación del cristianismo! Cuando Sagunto cae bajo la espada de los Cartagineses o Numancia bajo la de los Romanos, las demás ciudades de España no se conmueven, ni acuden en su ayuda, tal vez se alegran de ver destruída una vecina rival. Y es que entonces España no existía más que en su territorio geográfico; faltaba la comunidad de ideales, de sentimientos, de almas, que es la que le ha dado el cristianismo.

Por otra parte, en la cabeza de aquellos heróicos y sinceros logroñeses no cabía, no había entrado aún la división artificiosa y antinatural, que durante el último siglo ha venido gozando de cierto prestigio ya, gracias a Dios, bastante mal parado y que truncaba al hombre partiéndole por gala en dos: el hombre privado o de la conciencia y el hombre público, político o social; reservando la Religión exclusivamente para el primero y declarando al segundo fuera del alcance de ésta. La religión católica que, por lo mismo que es la verdad, es la realidad y la realidad viva, no un artificio muerto escogitado y ajustado a gusto del consumidor, y la realidad suma, plena, trascendente, como Dios de quien procede, de profesarse sinceramente, no puede menos de invadir a todo el hombre, en todos sus aspectos y manifestaciones. Donde esté el hombre allí está nuestra religión, porque allí está Dios. Si el hombre, público o privado, como gobernante o como súbdito, como particular o como colectividad, obra mal, allí está la religión para acusarle, para remorderle, para condenarle. Si el hombre obra bien, cumple con su deber, donde quiera y bajo cualquier aspecto que sea, allí está la religión para aprobarle, para animarle y sostenerle, para premiarle lo que ni los hombres ni la Patria pueden premiar. Los deberes patrióticos son unos de tantos deberes del hombre y por eso los logroñeses vuestros antepasados, al cumplirlos con el heroísmo con que lo hicieron, verán en su honradez y sinceridad, no deformadas por teorías absurdas, como la cosa más natural del mundo, hacerse acompañar de su robusta fe religiosa.

¿Pero es que habían hecho nunca otra cosa, ni había sido otro el sentir y la historia de su pueblo y de su raza, desde que la Cruz de Cristo se levantara redentora sobre el Calvario y el Apóstol Santiago viniera aquí, a esta tierra bañada por ese río que da el nombre a toda la antigua Iberia, a plantar junto a sus aguas una rama de aquél árbol de la Cruz que más tarde, regada con la sangre de nuestros mártires y los sudores de nuestros apóstoles, había de convertirse en tronco gigante, cuya extensa enramada daría la vuelta al planeta y se extende-



ría a un nuevo mundo, cobijándolo bajo su sombra, y en cuyo follaje vendrían a guarecerse en numero incontable las fieras de la tierra y las aves del cielo, los fuertes y los genios, los héroes de la Patria y los héroes de la Iglesia?

Gloriosa tierra esta y raza gloriosa, sobre la que posan cuatro oleadas de bárbaros del septentrión: suevos, vándalos, alanos y visigodos, sin que logren arrancarla su fé; antes concluyendo por asimilar y convertir a los invasores a la fe nacional de los invadidos, que resultan de esta suerte los verdaderos y definitivos vencedores. Y cuando los bárbaros del sur, los hijos del desierto, invaden por segunda vez a España, España, sola casi, en una cruzada sin ejemplo de ocho siglos, salva a Europa de la nueva barbarie y termina por arrojar a la raza invasora, que no se deja asimilar ni convertir, al otro lado del Estrecho, sacando como premio merecido del cielo de tan heroica lucha su fe acrisolada, su nacionalidad robustecida y la Patria grande, única, presentada a la historia de mano de Isabel y de Fernando y, como dote, un Nuevo Mundo.

Pero los españoles de la Reconquista luchaban con heroísmo tan prolongado e indomable porque su fe cristiana los sostenía y Santa María y los Santos todos los ayudaban y Santiago peleaba en su favor. Y ahí en la cumbre de ese cerro que el Ebro lame, asiento de la antigua Cantabria, se vió un día surgir la figura de aquel Duque don Pelayo, el primero de nuestros reyes exclusivamente españoles y católicos que, corriéndose hacia las fragosidades del Auseba y enarbolando su Cruz de roble, apadrinó los primeros vagidos, que ya eran cantos de gesta, de aquella España una, si no aún políticamente, pero sí en el espíritu nacional, ya que desde entonces no hubo en España, ni iberos, ni celtas, ni romanos, ni visigodos, sino únicamente españoles y cristianos contra moros, de aquella España que, a semejanza del Redentor, nació en una gruta y en brazos de la Virgen de Covadonga, para presentarse gallarda, robusta y llena de entusiasmos legendarios en los Reyes Católicos.

¡Oh, cómo latía su pecho con esos entusiasmos, henchido de fé y de aspiraciones heroicas! La tierra parecía aplanarse, dilatarse bajo la mirada de nuestros conquistadores y misioneros y aún resultaba estrecha para su ambición y su valor. Y España que, bajo la dominación visigoda, había escrito en las «Etimologías» de San Isidoro la primera enciclopedia del mundo y, bajo la dominación árabe, por medio de la célebre «Escuela de traductores de Toledo» había sido la transmisora para Europa de la cultura oriental, hebrea, árabe y griega, suministrando a Alberto Magno y a Sto. Tomás y con ellos a toda la perenne filosofía escolástica elementos insustituibles de trabajo, llega a ser en el siglo diez y seis, con sus teólogos incomparables, sus filósofos,



sus literatos, sus poetas y sus artistas, las de Trento, oráculo de las Universidades Europeas y maestra del mundo.

A la antigua Cantabria, predecesora del Logroño de hoy, la cabe la gloria de que en sus muros se albergara y de ellos saliera el caudillo iniciador de la Reconquista y de la España de Covadonga.

¡Gloriosa tierra esta Riojana y raza gloriosa! Dotada por Dios de un cielo templado y alegre y de un suelo rico y pintoresco, en el que alternan las erguidas montañas y las fértiles vegas, aún perduran en sus hijos, buenos como el grano de sus rubios trigales, generosos como el zumo de sus vides, expansivos como el florecer de sus huertas ubérrimas, las nobles cualidades de la estirpe no borradas, aunque tal vez oscurecidas, por largos años de labor suicida para desviar al pueblo de las fuentes de su vida y de la corriente de su tradición patriótica y cristiana. Tan hondas, tan ricas han sido esas fuentes y tan pujante y caudalosa ha sido esa corriente. Pero es que no sólo ha sido caudalosa, ha sido la única; no tenéis otra tradición ni otra historia. Si hasta los riscos de vuestras montañas y las aguas de vuestros ríos repiten los ecos de esa tradición, que es a la vez la de las glorias y los héroes del Cristianismo. Si muchos de vuestros pueblos y ciudades no existirían siquiera ni tendrían nombre, si no fuera por el nombre, por las obras, por las reliquias o por la hermita de un Santo. No se puede volver la vista atrás ni recorrer los siglos de vuestro pasado, sin hallar fundidos y compenetrados con la religión vuestra historia y hasta vuestra geografía! Antes que el Ebro logre santificar sus aguas bañando con ellas el sagrado Pilar de Zaragoza, ya al entrar en vuestra región, las ve bendecidas desde el antiguo castillo de Bilibio por el ermitaño S. Felices, el maestro de San Millán, y no puede dirigir su curso hacia la derecha sin adorar en los lejanos montes a la Virgen de Valvanera, ni torcerle hacia la izquierda sin hacer reverencia en la sierra cercana a la Virgen de Codés, que un día, según varios autores, lo fué vuestra o sea de la antigua Cantabria. Y no es posible visitar las riberas del Cidacos, sin que sus aguas, teñidas con la sangre de Emeterio y Celedonio, nos repitan las glorias de los mártires de Cristo, que cantara Prudencio en versos de «hierro celtibérico»; ni seguir el curso del Leza o del Iregua, sin oír relinchar en Clavijo el caballo de Santiago, saludar a la Virgen del Cortijo o contemplar a los monjes de Albelda escribiendo sus célebres Códices; ni remontar el Najerilla, sin admirar Santa María la Real de Nájera, o venerar las reliquias del Obispo Prudencio o de la Virgen o mártir Columba, recordando de paso los históricos monasterios que fueran unidos a estos nombres; ni se pueden recorrer las frondosas márgenes del Oja, sin recordar al venerable Patriarca que lo domó con su calzada y su puente y que dió origen y nombre a Sto. Domingo de la Calzada, como no lejos se los



diera a la villa y celeberrimo monasterio de San Millán, el Escorial y archivo de la Rioja, aquel monje cuya vida y milagros nos cantó en «román paladino» Gonzálo de Berceo.

Si hasta las piedras, repito, de vuestros riscos y las aguas de vuestros ríos y la gleba de vuestros surcos, a la que podría aplicarse el calificativo del Exodo (*cap. III, ver. 5*): *tierra santa*, son historia de fé y glorias de tradición cristiana.

Y decir que se han venido malgastando años en nuestra Patria y actividades dignas de mejor causa y tesoros de paz social, de esperanzas; de prestigios y hasta de riquezas nacionales, por apartar, por desviar a nuestro pueblo de su corriente secular, por separar del tronco vital que le diera ser, espíritu, carácter y nacionalidad propios!... Y todo ¿para qué? Para injertarle en tallos exóticos, entecos y efímeros, trasplantados a veces a nuestro suelo cuando ya de otros eran desechados, si es que no los destinaba desde luego el extranjero a la exportación «pour l'Espagne et pour le Maroc»; sin reparar los españoles que han laborado en tan insensata y suicida empresa que el renunciar a la propia personalidad, a la propia vida y al propio espíritu nacionales, para someterse a extrañas influencias y adaptar extrañas ideologías, es el estigma primario de la decadencia, de la domesticidad servil y de la mediatización de un pueblo.

Bismark, el célebre «Canciller de hierro», comprendiendo con su indiscutible gran talento político el tesoro inmenso que para un pueblo supone la unidad espiritual, hizo cuanto pudo por procurársela a su patria, sin retroceder ante los peligros de la lucha religiosa del Kulturkampf, si bien la equivocación fundamental de buscar aquella unidad no en la verdad, sino en el error, fué causa de su fracaso. En España, donde poseíamos ya esa unidad espiritual en la verdad, no se ha retrocedido tampoco ni ante las luchas religiosas para destruirla.

¿Y todo en nombre de qué? En nombre de teorías improvisadas, de ensayos, de hipótesis discutibles, hoy acogidas con entusiasmo y mañana desechadas con desprecio y hasta con ira, de las que, así como de sus autores, puede repetirse aquello del Apóstol (Epist. Cat. de S. Judas, vv. 12 y 13): *nubes sin agua, árboles otoñales, olas espumosas, estrellas errantes*. Se concibe que en nombre de una dogma, de una verdad cierta y absoluta, de una convicción inmutable, siquiera sea equivocada, se pretenda destruir una realidad existente, modificar un orden de cosas. Pero hemos de convenir en que todas las modernas teorías políticas o sociales, que se oponen al concepto cristiano, ni pueden, ni aún lo pretenden (tienen al menos el sentido común suficiente para no provocar la carcajada pretendiéndolo), elevarse a la categoría de verdades absolutas e inmutables. Sería demasiada desaprensión dar, como conquistas definitivas, las que la experiencia de cada día va



arrinconando como fracasadas y la irrestañable inventiva de los últimos arrivistas, con igual derecho que sus predecesores, va sustituyendo con nuevas teorías. ¿Que éstas no resultan tampoco y que, después de perturbar los pueblos durante un período mayor o menor de tiempo, acumulando quizás montones de ruinas y vertiendo arroyos de lágrimas y sangre, terminan en el mismo fracaso?—Efectivamente, nos hemos equivocado, dirán sus autores y partidarios; pero nuestra intención era buena;—y con esto quedarán tranquilos y dispuestos, tal vez, a improvisar una nueva teoría y repetir el ensayo. Como si el pueblo y la nación y la patria fuesen el conejo de Indias, para experimentación y entretenimiento de desaprensivos escuderos. Y esos hombres que no están ciertos ellos mismos de poseer la luz, que no están seguros, y con sus diarias rectificaciones lo manifiestan, de ir por el buen camino, son los que nos insultan a los que vivimos en posesión de la luz y del camino y pretenden apartarnos de la senda que los siglos han trillado y jalonado en monumentos de gloria.

¿Y todo, repito, en nombre de qué? Para pasmo del buen sentido y muestra ignominiosa de la ignorancia y confusión de muchas inteligencias, en nombre muchas veces de los mismos principios y sentimientos de la sociedad cristiana, de los que toman el nombre, la apariencia o parte del contenido para combatir esos mismos sentimientos y principios.

Cualquier sistema moral o social que quiera presentarse al mundo civilizado, tiene forzosamente que revestirse con las apariencias al menos de algún ideal razonable, justo, bueno. Pero es el caso que en el mundo civilizado todo cuanto hay de razonable, de justo, de bueno, es cristiano, total y exclusivamente cristiano; y no entenderlo así claramente, aun muchos que se dicen católicos, es pura incomprensión, de la especie de aquella que echaba en cara Montesquieu al autor del «Contrato social» diciéndole, que desconocía la misma religión que decía profesar. Si al mundo civilizado le despojáramos por un instante de todo cuanto en él hay de cristiano, de todos los principios y sentimientos cristianos, ¿qué le quedaría? Los principios y sentimientos salvajes y las adulteraciones o falsificaciones de los principios y sentimientos cristianos, es decir: lo malo y las apariencias de lo bueno; pero la realidad de lo bueno, de lo justo, de lo razonable la habría perdido toda.

Pongamos un ejemplo para mayor claridad. Uno de los principios y sentimientos de nuestra civilización, que más se han explotado contra la Iglesia y su influencia en las sociedades, es el principio y sentimiento de libertad. Pero la libertad es total y exclusivamente cristiana. Advertir desde luego la razón necesaria de que así sea. El principio y sentimiento de libertad, como todos los grandes principios



y sentimientos morales y sociales, se fundan en un credo, en un sistema filosófico. Ahora bien; todos los sistemas filosóficos anticristianos se reducen a dos grandes grupos: si son espiritualistas, al grupo panteísta; si no lo son, al materialismo. El panteísmo y el materialismo niegan expresamente, destruyen absolutamente, radicalmente la libertad. ¿Cómo es posible, por lo tanto, que la libertad no sea cristiana? ¿Con qué derecho osan invocarla nuestros adversarios?

¿Qué es, pues, lo que significa ese grito, que con tanta frecuencia se nos lanza desde la acera de enfrente: «libertad»? ¿Afirmación de esta prerrogativa física del alma humana? Esa afirmación, como hemos visto, es nuestra, exclusivamente nuestra. ¿Defensa del buen uso de tal prerrogativa; de la libertad de pensamiento para pensar rectamente, lógicamente, razonablemente; de la libertad de acción para obrar honestamente, conforme a ley, conforme al deber; en una palabra, de la libertad para la verdad y para el bien? Esa defensa nadie como el cristianismo la ha sostenido contra todas las tiranías y testigo de ello la sangre de sus millones de mártires. ¿Significa acaso aquél grito defensa del abuso que de esa libertad, como de todas las cosas humanas, puede hacerse para el horror y para el mal? ¿Pero es que seriamente, conscientemente, entendiendo los términos de lo que se dice, puede defenderse este abuso? No lo sería, si fuese defendible. Libertad para el mal, para obrar contra la ley, contra el deber; pero esto no es el ideal de una sociedad civilizada, es el ideal del salvajismo; en ninguno, como en el estado salvaje, se da la ausencia o menosprecio de toda regla y de toda ley. Libertad de pensamiento para el error, para pensar con las leyes de la verdad, de la lógica, de la razón; pero este ideal es el manicomio; ahí es únicamente donde los hombres piensan lo que quieren, sin sujetarse a ninguna ley lógica, ni respeto alguno a la verdad. Y en resumidas cuentas, ¿cómo pueden defender el abuso de la libertad los que niegan la existencia de la misma libertad?

¿Véis cómo del principio y sentimiento, tan civilizadores como genuinamente cristianos, de libertad, quitado todo lo que es razonable, lo que es justo, lo que es bueno, lo que es *nuestro*, sólo les queda a los adversarios el nombre, la apariencia, lo adulterado, lo absurdo?

Y lo que se dice de estos puede decirse, con igual razón, de todos los demás principios y sentimientos que forman el rico tesoro del mundo civilizado y, muy especialmente, el tesoro de nuestra vida y nacionalidad patrias.

No quiero cansaros más.

Volvamos, pues, los ojos a nuestro viejo solar, cultivemos nuestro propio huerto, bebamos de nuestras propias fuentes, que son tan ricas y tan hondas, que no tenemos por qué mendigar de nadie las aguas



luminosas de la vida, antes en sus caudales sobrantes se han abrevado pueblos innúmeros y todo un continente nuevo, el único que, por haber sido nuestro, es hoy un continente civilizado, permaneciendo los que fueron colonias de otras naciones en estado, en su mayor parte, primitivo y salvaje.

Afirmemos nuestra personalidad; renunciar a ella es renunciar a la propia estima y valer y la peor de las degeneraciones. Esa personalidad que, como decía hace poco un escritor extraño, ha creado en la civilización europea «el tipo del caballero», el único tipo rey, en medio de los tipos serviles del traficante, del gerente, del bolsista o del sportman; esa personalidad que constituye lo que otro escritor, extranjero también, llama la «España eterna», porque los altos valores que encierra no son de un día ni de una época, de un momento o estado de la civilización, sino que son los valores fundamentales y eternos de todos los tiempos, de todos los problemas, y de toda civilización verdadera, sólida y plenamente humana.

Vuestros padres, señores e hijos míos, los heroicos defensores de Logroño contra la invasión extranjera, os han dejado señalada una estela luminosa que seguir y un ejemplo patriótico y religioso que imitar. No sólo hay invasores armados de territorio; son más temibles los que pretenden invadir las almas, y venidas del extranjero, que ni siquiera nacieron en nuestro suelo, se han introducido en nuestra tierra ideas y tendencias que pugnan con aquella fé religiosa que, como hemos visto, es el alma creadora y plasmadora de la Patria. Que no sean los hijos menos diligentes, que lo fueron los padres defensores de los muros materiales, en defender el alma de la Patria. Así sea.















R  
6153

Gobierno de  La Rioja  
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



\*10000288719\*